

PASAJE DE *ESBOZOS HOSPITALARIOS*

Lo primero que me encontré fue un regimiento de los olores más viles que jamás hayan asaltado la nariz humana, y la tomaron por asalto. . . Lo peor de esta aflicción era [que] todo el mundo me había asegurado de que era una debilidad crónica de todos los hospitales, y que debía aguantarla. Así lo hice, armada con agua de lavanda, con la que me rocié tanto a mí misma y a mis alrededores, que, como mi amiga Sairy, pronto fui conocida entre mis pacientes como "la enfermera de la botella". Después de haber sido atropellada por tres cirujanos excitados, golpeada por carboneras migratorias [cubetas usadas para verter carbón en el fuego], cubetas de agua y niños pequeños; casi escaldada por una avalancha de teteras recién llenadas, y enredada sin remedio en un nudo de hermanas de color que venían a lavarse, progresé por lentas etapas escaleras arriba y abajo, hasta llegar al vestíbulo principal, y me detuve para tomar aliento y echar un vistazo. ¡Allí estaban! "Nuestros valientes muchachos", como los llaman justamente los periódicos, porque los cobardes difícilmente podrían haber sido tan acribillados a balazos y proyectiles, tan desgarrados y destrozados, ni haber soportado un sufrimiento para el que no tenemos nombre, con una fortaleza [fuerza; valor] infatigable, que hacía que uno se alegrara de querer a cada uno como a un hermano. Entraron, algunos en camillas, otros en brazos de hombres, algunos tambaleándose débilmente apoyados en toscas muletas, y uno estaba tendido y quieto con la cara cubierta, mientras un camarada daba su nombre para que lo registraran antes de que se lo llevaran a la casa de los muertos. Todo era prisa y confusión; el vestíbulo estaba lleno de estos despojos de humanidad, pues los más exhaustos no podían llegar a una cama hasta ser debidamente registrados; las paredes estaban alineadas con filas de los que podían sentarse, el suelo cubierto de los más discapacitados, los escalones y las puertas llenas de ayudantes y mirones; el ruido de muchos pies y voces hacía que aquella hora, normalmente tranquila, fuera tan ruidosa como el mediodía; y, en medio de todo, el rostro maternal de la matrona reconfortaba más a muchas pobres almas que las pócimas de licor ["dosis de medicina o licor usadas para estimular el corazón"] que administraba, o las alegres palabras que daban la bienvenida a todos, haciendo del hospital un hogar.

La vista de varias camillas, cada una con su ocupante sin piernas, sin brazos o desesperadamente herido, entrando en mi pabellón, me advirtió que estaba allí para trabajar, no para asombrarme o llorar; así que acallé mis sentimientos y volví al camino del deber, que era más bien "un camino difícil de recorrer" en aquel momento. La casa había sido un hotel antes de que se necesitaran hospitales, y muchas de las puertas aún llevaban sus antiguos nombres; algunos no tan inapropiados como podría imaginarse, pues mi pabellón era en verdad un salón de baile, si es que las heridas de bala podían bautizarlo. Cuarenta camas estaban preparadas, muchas ya ocupadas por hombres cansados que caían rendidos en cualquier parte y dormitaban hasta que el olor de la comida los despertaba. Alrededor de la gran estufa estaba

reunido el grupo más lúgubre que jamás he visto—harapientos, demacrados y pálidos, con barro hasta las rodillas y vendajes ensangrentados sin tocar desde que se los habían puesto días antes; muchos estaban envueltos en mantas, ya que habían perdido sus abrigos o estaban inservibles; y todos llevaban esa mirada descorazonada que proclamaba la derrota más claramente que cualquier telegrama de la metedura de pata de Burnside. [El fallido ataque del general de la Unión Ambrose Everett Burnside en la batalla de Fredericksburg. Burnside fue relevado de su mando tras esta aplastante derrota]. Me compadecí tanto de ellos que no me atreví a hablarles, aunque, recordando todo lo que habían pasado desde la derrota en Fredericksburg, anhelaba servir al más triste de todos. En seguida, la señorita Blank me arrancó de mi refugio tras montones de camisas de una sola manga, calcetines raros, vendas y pelusas; me puso en las manos palangana, esponja, toallas y un bloque de jabón marrón, con estas espantosas indicaciones:

“Vamos, querida, empieza a lavar lo más rápido que puedas. Diles que se quiten los calcetines, los abrigos y las camisas, que se restrieguen bien, que se pongan camisas limpias, y los asistentes acabarán con ellos y los acostarán en la cama”.

Si me hubiera pedido que los afeitara a todos, o que bailara una trompa en el embudo de la estufa, me habría quedado menos perpleja; pero fregar a una docena de señores de la creación de un momento a otro era realmente—verdaderamente—. Sin embargo, no había tiempo para tonterías, y habiendo resuelto hacer todo lo que se me pidiera, ahogué mis escrúpulos [dudas o recelos sobre lo que está bien y lo que está mal] en mi lavabo, agarré mi jabón con fuerza, y, asumiendo un aire metódico, di un manotazo al primer espécimen sucio que vi, decidida a realizar mi tarea *vi et armis* [frase latina que significa "por la fuerza y las armas"] si era necesario. Por casualidad me topé con un viejo y marchito irlandés, herido en la cabeza, lo que hizo que esa parte de su cuerpo estuviera decorada con buen gusto como un jardín, siendo las vendas los paseos y su pelo los arbustos. Estaba tan abrumado por el honor de que una dama lo lavara, como él lo expresó, que no hizo más que entornar los ojos y bendecirme, en un estilo irresistible que fue demasiado para mi sentido de lo ridículo; así que nos reímos juntos. . .

—Louisa May Alcott

Fuente

Alcott, L. M. (2008). *From Hospital Sketches*. In Beers, K., & Odell, L., Holt Elements of Literature, Fifth Course: Essentials of American Literature—Oklahoma Teacher's Edition (pp. 379–380). Holt Rinehart Winston. (Trabajo original publicado en 1863.)